

Márcio Bilharinho Naves (2020). *Marx, ciencia y revolución*.
Santiago de Chile: Doble Ciencia Editorial, 198 págs.
ISBN: 978-956-9681-16-5

Renzo Fabrizio

Universidad Nacional de La Plata, Argentina

renzofabrizio77@gmail.com

En *Marx, Ciencia y Revolución*, Márcio Naves ofrece una síntesis del desarrollo de las principales ideas de Marx, haciendo un recorrido desde sus años iniciales hasta su etapa de madurez. El autor se esfuerza por dar cuenta del nacimiento de las ideas de lo que será el materialismo histórico todavía en el seno de las ideas del joven Marx, destacando el paso desde una problemática antropológica a la fundación de los conceptos científicos ulteriores. El libro consta de una breve introducción, siete capítulos y un apartado final de conclusiones. La edición estuvo a cargo de Pedro Karczmarczyk, quien también es el prologuista. La traducción al español fue realizada por Pedro Karczmarczyk, Claudio Costales y Blas Estévez.

En el prólogo, Karczmarczyk nos ofrece el panorama político y teórico en el que el libro que reseñamos busca intervenir. En particular, Karczmarczyk destaca la “incorrección política” del libro de Naves, en la medida en que su lectura de Marx implica una perspectiva de superación de la democracia liberal y su marco de legalidad. A propósito, el prologuista recuerda que a la salida de los procesos dictatoriales que atravesaron casi todo el continente latinoamericano, se motorizó entre algunos de los teóricos de la izquierda una revalorización de la democracia liberal, y se intentó conciliar las ideas de Marx con esta nueva perspectiva.

Es por eso que Karczmarczyk destaca que, por el contrario, Naves nos ofrece un Marx incompatible con cualquier estrategia política que suponga mantenerse dentro de los márgenes del régimen capitalista, sin temor a desentrañar la relación estructural que existe entre la forma democrática republicana y la explotación capitalista.

Recuperando así su potencial transformador radical, el libro se estructura alrededor de la noción de comunismo e intenta revalorizarla desde el interior mismo de la obra de Marx.

De este modo, el libro de Naves que reseñamos tiene dos objetivos centrales. Por un lado, presentar los conceptos fundamentales del pensamiento de Marx. Por el otro, y al mismo tiempo, intervenir teórica y políticamente en favor de cierta tradición de lectura de sus textos,



que en lo fundamental es continuadora de la que fuera inaugurada por Louis Althusser a mediados del siglo pasado. Dicha tradición destaca principalmente el campo científico nuevo abierto por el marxismo, por un lado, y sus implicancias políticas irreconciliables con la sociedad burguesa, por el otro, al comprender al pensamiento marxista fundamentalmente como lucha de clases en teoría. Esta lectura implica también la caracterización de toda una serie de problemáticas que Marx desarrolló en su juventud como pertenecientes todavía a una serie de problemáticas ideológicas referidas al problema del humanismo, la esencia humana y su alienación, temas estrechamente ligados a una dinámica dialéctica en el sentido hegeliano clásico. Según Naves, Marx arrastrará durante el resto de su producción intelectual resabios de estas ideologías a pesar de su ruptura en lo fundamental con ellas.

En las primeras páginas Naves hace un somero repaso biográfico de la vida de Marx y de su contexto político e intelectual. Enseguida, en el segundo capítulo se encarga de hacer una síntesis de las ideas aun no propiamente marxistas del joven Marx. Formado en el seno de la izquierda hegeliana, e interviniendo en la pelea política por la modernización del atrasado Estado prusiano, Marx inicia su carrera política e intelectual defendiendo una concepción racionalista-liberal del Estado, que iba acompañada de un criterio iusnaturalista sobre la legitimidad de las leyes. Hasta este punto, Marx es un hegeliano de pleno derecho. Pero, como explica Naves, poco tiempo después recibirá la influencia de Ludwig Feuerbach, con quien se iniciaría una nueva etapa de su pensamiento, aun dentro de este período pre-marxista de Marx. Esta etapa “feuerbachiana” de Marx está determinada por dos aspectos principales: el papel de la filosofía y el problema de la alienación.

Según Naves, con Feuerbach Marx entiende que la crítica por sí sola es incapaz de cambiar la realidad, y *las armas de la crítica no pueden reemplazar a la crítica de las armas*” (Marx, 2015: 99). Bajo este primer mandato materialista, Marx se enfoca en la crítica a la sociedad burguesa, pero todavía desde una perspectiva filosófica: hace falta que la teoría “penetre en las masas y se haga fuerza”. Para este Marx “feuerbachiano”, la filosofía es la cabeza de la revolución y el proletariado su corazón. Según Naves, esta construcción teórica otorga un papel pasivo al proletariado en la revolución, como mero vehículo que materializa a la filosofía. Por lo tanto, la noción misma de proletariado es aún una categoría filosófica.

El otro aspecto será un tema central en los debates acerca de la caracterización de la filosofía de Marx. Con la redacción de los *Manuscritos económico-filosóficos*, se desarrolla el problema de la enajenación del trabajo y del comunismo, pero entendido a través de la problemática feuerbachiana de la alienación. En este punto, la crítica de Marx al capitalismo todavía está supeditada al problema del humanismo, el trabajo alienado como la enajenación del hombre de sí mismo y el comunismo entendido como su reconciliación. Todo este aparataje conceptual del que Marx se vale pertenece todavía, dice Naves siguiendo a Althusser, al universo de la ideología burguesa. La crítica a la sociedad capitalista y la idea de comunismo aún no están arraigadas teóricamente sobre un análisis de la base económica material de la sociedad.

En el Capítulo 3, Naves se encarga de analizar las novedades teóricas decisivas que están contenidas en *La ideología alemana*, de 1845. Aquí, Naves sostiene que estamos ante el punto de no retorno de la ruptura epistemológica que Marx está a punto de hacer. A punto, pero no consumada, porque la obra estaría marcada, según el autor, por una “*vacilación teórica*” (Naves, 2020: 94) fundamental de Marx, propia de un campo científico que se abre paso desde el interior de una problemática ideológica que le es previa y de la que todavía no se es plenamente consciente.

En primer lugar, el rasgo relevante de esta etapa son las señales que anuncian la ruptura en curso. Pasajes en donde, en referencia a la “filosofía alemana”, Marx declara que a través de su crítica está “saldando cuentas con su conciencia filosófica anterior” o incluso que “*No sólo sus respuestas, sino también las preguntas mismas entrañan un engaño*” (Marx, 2010: 16). En esto Naves le adscribe a Marx una concepción epistemológica según la cual una teoría está condicionada por el campo donde está inserta, o dicho de otro modo, que el conjunto de problemas que la constituyen determina las respuestas que ésta puede ofrecer.

Ese análisis materialista aún está supeditado, según Naves, a una tesis que configura el principal obstáculo de Marx para poder realizar sus críticas hasta sus últimas consecuencias, una tesis que lo mantiene todavía dentro de la problemática humanista del hombre y el sujeto. Se trata de la que sea probablemente la tesis principal de la lectura que hace el autor: la idea de que, en esta etapa, Marx otorga primacía a las fuerzas productivas por sobre las relaciones de producción para explicar la base económica de la sociedad.

Esta primacía se explica porque Marx sigue pensando la producción social desde los “individuos reales actuantes”. Es decir, la producción aún es pensada como actividad del hombre, como la *praxis* creadora de un sujeto. Y en esa misma medida es entendida fundamentalmente como el medio de satisfacción de las necesidades del hombre. Por lo tanto, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la base técnica de la producción dependerá el grado y el modo en que se satisfacen dichas necesidades, e incluso también la aparición de otras nuevas. Se trata, por lo tanto, de la forma específica en que el sujeto, el productor, se relaciona con su objeto, los productos de su trabajo, y por lo tanto también de la forma en que los productores entablan relaciones entre sí.

En la lectura de Naves, este primado de las fuerzas productivas por sobre las relaciones de producción trae aparejadas dos consecuencias principales. Primero, que la determinación de la superestructura social por parte de la base material tiende a ser concebida de manera directa o determinista. Segundo, a pesar de ahora ser entendida a partir del proceso material de producción, la historia sigue siendo concebida como un proceso lineal de desarrollo progresivo, en la medida en que coincidiría con la historia del desarrollo de las fuerzas productivas.

Un tercer aspecto de *La ideología alemana* pervive de la etapa anterior, estrechamente ligado a la tesis del primado de las fuerzas productivas. En tanto esta última pone en el centro del proceso de producción al hombre –y no todavía a las clases y su lucha–, Marx sigue pensando en el problema de la alienación, tanto para pensar la relación de los productores

con sus productos como para pensar al comunismo. No será hasta que Marx abandone definitivamente la tesis del primado de las fuerzas productivas que no podrá romper con esos “diques de contención” que le impiden avanzar en la constitución del materialismo histórico en términos científicos.

El capítulo 4 se dedica a recapitular las principales ideas contenidas en el *Manifiesto* y trata de ubicar en qué lugar del desarrollo del pensamiento de Marx se encuentra. Como ya hemos dicho, para Naves el *Manifiesto* continúa todavía bajo la órbita conceptual contradictoria de *La ideología alemana*, pero tensando aún más dicha contradicción en favor de la nueva problemática que está naciendo. En efecto, el *Manifiesto* sigue conteniendo la tesis fundamental acerca del primado de las fuerzas productivas por sobre las relaciones de producción, pero introduce algunos aspectos que matizan dicha tesis.

En primer lugar, el más evidente, la referencia a la lucha de clases como “motor” de la historia. Esta definición de Marx, en la lectura de Naves, viene a reemplazar la centralidad del concepto todavía filosófico de Hombre por el de lucha de clases, un concepto eminentemente relacional que no puede ser subsumido bajo la lógica de la dualidad sujeto-objeto, como sí sucedía con la concepción anterior.

No obstante, cuando Marx hace referencia a la transición del capitalismo al comunismo, su eje sigue estando puesto en la estatización de los medios de producción, como resultado de la permanencia de la tesis del primado de las fuerzas productivas. Naves destaca, sin embargo, cierta alusión de Marx a la necesidad de una “violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción” (Marx, 2015: 134) en la transición. A pesar de la centralidad que tiene la cuestión de la estatización, este pasaje sería otro síntoma del inminente cambio de problemática que está dando cuenta del problema de la transformación de las relaciones sociales de producción, problema que bajo la lógica del primado de las fuerzas productivas ocupa un lugar subordinado, pero que en el *Manifiesto* comienza a salir a la luz. Así, Naves concluye que a pesar de estas señales que auguran la ruptura, la tesis del primado de las fuerzas productivas causa que Marx deje prácticamente sin desarrollar el carácter del Estado en la transición y la transformación de las relaciones sociales de producción.

A partir del capítulo 5 Naves comienza a delinear la nueva concepción de Marx una vez que se ha tomado conciencia de que el conocimiento científico de la sociedad burguesa aparece como condición necesaria para su superación. Esta nueva concepción, desarrollada preliminarmente en los textos conocidos como *Grundrisse* y luego sistemáticamente en *El Capital*, parte del reconocimiento fundamental del capital como una relación social. Bajo la premisa de que un medio de producción se transforma en capital solo bajo ciertas relaciones sociales específicas, Marx irá desarrollando la idea de que son las relaciones sociales las que tienen primacía por sobre las fuerzas productivas, a diferencia del período anterior.

El punto de partida ya no es, entonces, el individuo productor, sino la circunstancia históricamente determinada de que la sociedad se encuentra dividida entre quienes poseen los

medios de producción y quienes sólo poseen su fuerza de trabajo. En el encuentro de ambos surge la relación de capital. Este análisis es novedoso porque implica pensar la esfera económica desde el concepto de clase y de lucha de clases.

Lo que, a su vez, subvierte el orden de determinación que Marx pensaba de manera algo directa entre la infraestructura económica y la superestructura. Con la primacía de las relaciones de producción, ya no es posible pensar la esfera económica como una determinación absoluta de los demás aspectos de la sociedad capitalista. De hecho, para que la relación capitalista recién nombrada pueda darse, es necesario que se establezca una estricta relación de igualdad y libertad jurídicas entre capitalistas y proletarios, en la medida en que la operación de compra y venta de la fuerza de trabajo pueda realizarse como la de cualquier otra mercancía, de manera voluntaria y a través de un intercambio de equivalentes. Por eso, Marx cataloga sarcásticamente a la esfera de la circulación como el “*Edén de los derechos humanos innatos*” (Marx, 2014: 214). Pero en cuanto nos desplazamos del ámbito de la circulación al de la producción, los otrora ciudadanos sujetos de derecho se revelan en su realidad social más profunda: capitalistas explotadores y proletarios explotados, es decir, en sus relaciones de clase. Por lo tanto, la superestructura jurídica ya no puede entenderse como un mero epifenómeno de la economía, sino que forma parte constitutiva del modo de producción capitalista como un todo.

Particularmente, los pasajes más agudos del libro de Naves transcurren cuando se analiza la relación intrínseca entre el modo de producción capitalista y las formas políticas del Estado y el régimen propios de la sociedad burguesa, en particular, la cuestión de la democracia. Así como el valor de cambio mediante el que se intercambian mercancías se funda en una igualdad abstracta –la del trabajo humano abstracto indiferenciado–, de la misma manera es una abstracción la que funda el principio de la democracia burguesa, donde cada persona vale un voto independientemente de su situación social y de clase. La clase trabajadora es llamada así a participar políticamente no en tanto clase, sino bajo la atomización abstracta de la categoría de ciudadano.

La conclusión fundamental de este análisis es que no es posible escindir la crítica de Marx al capitalismo de su crítica al Estado burgués y sus formas políticas. Esto demuestra –contra cierto intento teórico de *aggiornar* la potencia crítica del pensamiento de Marx a algún proyecto político reformista– que la lucha de la clase trabajadora debe plantearse de manera ineludible la tarea de superar los límites de la democracia burguesa y su legalidad. Este aspecto del análisis de Naves realza el carácter revolucionario, profundo e irreconciliable de la crítica de Marx al capitalismo.

Refundado científicamente bajo esta nueva concepción, en el capítulo 6 Naves resume las nociones fundamentales de esta nueva versión del materialismo histórico. La tesis de la primacía de las relaciones de producción acarrea varias consecuencias. Primero, que la historia ya no puede comprenderse teleológicamente como una sucesión de modos de producción cuya inteligibilidad estaría dada por el desarrollo de las fuerzas productivas. Al contrario,

ahora el desarrollo histórico (y el de las fuerzas productivas) está determinado por la lucha de clases. Asimismo, las fuerzas productivas ya no tienen un carácter neutro, en la medida en que adquieren formas específicas según las relaciones sociales en las que estén insertas. Para ejemplificar esto, Naves se vale del análisis de Marx presente en *El Capital* que diferencia la etapa formal y la real de la subsunción del trabajo al capital.

La constitución de este nuevo campo científico le permite a Naves clarificar el concepto central de modo de producción redefinido implícitamente por Marx bajo esta nueva problemática. La estructura social, o el modo de producción, se presentan como una combinación de varios niveles en el que la economía juega siempre el papel determinante en última instancia. Esto significa que no siempre la economía es el nivel dominante a la hora de cumplir el papel de garantizar la reproducción de las relaciones de producción. La particularidad del capitalismo reside en que el nivel determinante y el dominante coinciden, es decir, en ambos casos es la economía. La reproducción de las relaciones sociales de producción es un fenómeno estrictamente económico. No obstante, como hemos dicho, la esfera económica requiere de ciertas condiciones superestructurales (jurídicas, políticas e ideológicas) para poder cumplir este papel dominante.

Bajo este nuevo campo conceptual, Naves aborda en el capítulo 7 la cuestión de la transición del capitalismo al comunismo tal como la entiende según la nueva concepción de Marx. Esta nueva concepción conduce a dos rectificaciones sobre el problema de la transición tal como había quedado planteado previo a la ruptura, en particular en el *Manifiesto Comunista*.

La primera no está explícitamente formulada por Marx, pero Naves sostiene que estamos autorizados a realizarla. A partir de la tesis de la primacía de las relaciones de producción, se desprende que la transición al comunismo no puede ser identificada con la estatización de los medios de producción. Ésta aparece como condición necesaria (ya que es ineludible la tarea de expropiar a los capitalistas) pero no suficiente, en la medida en que el comunismo ya no puede definirse por el mayor desarrollo de las fuerzas productivas sino primero y fundamentalmente como el revolucionamiento de las relaciones de producción capitalistas en favor de otras nuevas. Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido en los orígenes del capitalismo, donde las relaciones capitalistas de producción precedieron a la formación de las fuerzas productivas específicamente capitalistas con su correspondiente transformación del proceso de trabajo, en la transición al comunismo no es posible que las cosas ocurran de esta manera. A pesar de la propiedad estatal y de la planificación económica, la imposición de la ley del valor heredada de las relaciones sociales capitalistas sigue imponiéndose con la fuerza de una ley objetiva. En este punto es donde se pone a prueba la hipótesis de Naves sobre el primado de las relaciones de producción, ya que se admite que la transformación de las relaciones de producción requiere como condición una transformación de las fuerzas productivas. En la obra queda en suspenso si esta cuestión relativiza la hipótesis de lectura del autor acerca del primado de las relaciones de producción en la etapa madura de Marx.

La segunda rectificación tiene que ver con la teoría del Estado en general y del Estado en la transición en particular. A partir de la experiencia histórica de la Comuna de París, en 1871, Marx dice descubrir “la forma política al fin encontrada” de la dictadura del proletariado. El Estado es comprendido ahora en toda su dimensión como un Estado de clase, burgués, que por lo tanto no sirve como herramienta a los fines emancipatorios de los trabajadores. Eso significa que la Revolución debe destruir el Estado burgués, y poner en pie un nuevo Estado que, según la fórmula clásica de Lenin, “*no es un Estado en el sentido estricto de la palabra*” (Lenin, 2012: 128). Marx, apoyándose en la experiencia de la Comuna, puede elaborar ahora con estos elementos el concepto de Dictadura del proletariado. Lo importante aquí no es tanto la nueva “legalidad” que instauro el nuevo Estado, sino su carácter irremediabilmente inestable, transicional, que prepara las condiciones para su propia desaparición.

Por último, Naves cierra el último capítulo con una nota metodológica sobre la cuestión de la dialéctica en Marx que es de vital importancia a la hora de juzgar el conjunto de su interpretación. Así como Marx tuvo que romper con la problemática hegeliana, también tuvo que hacerlo con el método dialéctico tal como lo heredó de Hegel, de carácter especulativo-teleológico, fundado en la lógica de la negación de la negación. Esta, según Naves, no elimina a uno de los dos opuestos en lucha, sino que los conserva bajo una forma superior. De este modo, según el autor, no es útil para la destrucción de las relaciones sociales burguesas, que aparecen así eternizadas sólo que bajo una nueva forma. La dialéctica de la negación de la negación proveniente de Hegel sería entonces un concepto excluyente con el de lucha de clases, que por el contrario está fundado en el antagonismo por principio de las clases en lucha, incapaces de toda conciliación.

¿Pero en qué consistiría entonces la dialéctica propia de Marx? En que “*al contrario de esta dialéctica teleológica de la conservación, de la síntesis, es una dialéctica de la destrucción*” (Naves, 2020: 182), donde el elemento negado no es conservado-superado a la manera hegeliana, sino que la negación es absoluta, y el elemento nuevo que surge de dicha negación no existía ya en el anterior ni puede ser reducido a él.

Para terminar, Naves concluye que la contemporaneidad del pensamiento de Marx se debe principalmente a que su pensamiento no fue afectado por el supuesto “fin del comunismo”. Por el contrario, sólo a través de Marx es posible explicar por qué los procesos revolucionarios del siglo XX no franquearon los límites del capitalismo (es decir, continuaron reproduciendo las relaciones de producción capitalistas), aunque en este punto el autor evita hacer alguna referencia a la experiencia histórica resguardándose exclusivamente en los análisis de Marx. Sin embargo, esto no constituye un “descuido” por parte del autor, sino que responde a razones teóricas, más precisamente a una epistemología del concepto que busca fundar el campo de lo científico despojándolo de todo recurso a la experiencia. Este es otro de los puntos donde se deja ver la matriz teórica –en lo fundamental, althusseriana– que está funcionando durante todo el interesante recorrido que nos propone Naves.

Referencias bibliográficas

Levin, V. I. (2012). *El Estado y la Revolución*. Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino.

Marx, K. y Engels, F. (2010). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Nuestra América.

Marx, K. (2014). *El Capital. Crítica de la economía política* (Tomo I., Vol. 1). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Marx, K. (2015). *Antología*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Naves, M. (2020). *Marx: Ciencia y revolución*. Santiago de Chile: Doble Ciencia Editorial.

